

do con analizar mi conciencia hasta en sus menores fibras; habíame abandonado a esa imaginación anticipada del sentimiento, que es la consecuencia necesaria de ese espíritu de análisis. Habíame figurado, con extraordinaria precisión, las sensaciones que experimentarí al recibir la hostia en mis labios. Adelantéme hacia la barandilla del altar, adornada con blanca sabanilla, y me adelanté experimentando en todo mi sér una tensión que no he vuelto a experimentar nunca; comulgando sentí una especie de decepción helada, un desfallecimiento en el éxtasis, cuyo disgusto no acierto a traducir. Andando el tiempo hablé de esta impresión sin igual a un compañero que continuaba siendo cristiano, y que me dijo:

»No eras ya bastante sencillo.» Su piedad había dado a ese católico el golpe de vista de un observador profundo. Era mucha verdad; pero ¿qué culpa tenía yo?

»El acontecimiento más importante de mi adolescencia, que fué la pérdida de mi fe, no procede, sin embargo, de aquella decepción. Las causas que determinaron ese efecto fueron muy numerosas y no las he comprendido con toda claridad hasta hoy. Húbo- las desde luego lentas, progresivas, que obraron sobre mi alma como obra el gusano en el fruto devorando su interior sin que la superficie conserve de aquella destrucción otro indicio que una mancha casi invisible sobre la púrpura de su hermosa piel. Fué la primera, según me parece, el haber yo aplicado a mi confesor aquel terrible espíritu crítico, aquella facultad destructora de toda confianza, que me había

separado de mi madre, como ya he dicho, desde mi infancia.

»Continuaba yo llevando mis exámenes de conciencia hasta las más tenues y más sutiles delicadezas, y continuaba el padre Martel sin advertir aquel trabajo de secreta tortura que me anatomizaba el alma; mis escrúpulos le parecían lo que eran en sí mismos, puerilidades. Pero eran puerilidades de un muchacho muy complejo y que no podía ser dirigido sino por quien le hiciera conocer que lo comprendía. Pronto llegué a experimentar en mis conversaciones con aquel clérigo rudo y primitivo la sensación contraria: la de que no me comprendía. Esto no era bastante, en verdad, para impedir que siguiera yo cumpliendo con mis deberes religiosos; pero sí era lo suficiente para quitar al director espiritual de mi juventud primera toda positiva autoridad sobre mi pensamiento. Al propio tiempo, y esta es la segunda de las causas que me separaron de la Iglesia, encontraba yo en los hombres, a quienes consideraba entonces como superiores, la misma indiferencia con respecto a las prácticas religiosas que yo, desde muy pequeño, había observado a mi padre. Sabía yo también que los profesores jóvenes, los que llegaban de París con el prestigio de haber pasado por la Escuela Normal, eran escépticos y ateos; oía yo esas palabras que el padre Martel pronunciaba con indignación reconcentrada en las visitas que hacía a mi madre. Yo reflexionaba involuntariamente, cuando acompañaba a mi madre a los oficios en el templo de los Mínimos, como en otros tiempos la acompañaba a misa en los Capuchinos, acerca de la

pobreza de espíritu de los devotos que se apresuraban a oír misa el domingo por la mañana y masculaban sus oraciones en el silencio de la ceremonia; silencio interrumpido por el ruido de las sillas que la alquiladora cambiaba de sitio. En aquellas frentes que se inclinaban con movimiento de sumisión fervorosa al alzar, nunca había brillado con su llama una idea viva y clara. No formulaba yo este contraste con tanta claridad como lo veo ahora; pero evocaba, a mi pesar en mis recuerdos, la imagen de aquellos maestros jóvenes saliendo del Instituto con paso desembarazado, hablando unos con otros de cosas que imaginaba yo semejantes a las que mi padre me decía cuando paseaba con él, en aquella conversación, cuyas menores frases iban cargadas de ciencia, y un espíritu de duda crecía en mí con respecto al valor intelectual de las creencias católicas. Fué alimentada esta desconfianza por una especie de ambición ingenua que me obligaba a desear con ardor increíble, ser tan inteligente como los más inteligentes y no vegetar entre los de segunda fila. Gran parte de orgullo había en este deseo, me lo confieso ahora; pero no me ruborizo por este orgullo. Era un orgullo completamente intelectual, extraño por completo a la codicia de éxito alguno externo. Además, si al presente me hallo con vida, en medio del horrible drama de mi destino, a ese orgullo lo debo; ese orgullo es el que me permite manifestar a usted mi pasado con esta lucidez fría, en lugar de correr, como haría de fijo un acusado vulgar, a los sucesos ruidosos e interesantes de este drama. ¡Veo con tal claridad ahora, que las primeras escenas de la trage-

dia comenzaron desde luego en el colegio rural en donde se agitaba niño el joven de hoy!...

»La tercera de las causas que concurrieron a esta lenta desaparición de mi fe cristiana fué mi afición a la literatura contemporánea, que se despertó en mí a los catorce años. Ya he dicho a usted cómo mi madre, poco tiempo después de quedar viuda, me había quitado algunos libros. No había cedido un punto en esa severidad con el tiempo; la llave de la biblioteca paterna seguía sonando en su llavero, entre las de la despensa y la bodega. El resultado más natural de esta prohibición fué el de avivar en mi espíritu el encanto de los recuerdos que me habían dejado aquellos libros tantas veces hojeados; los dramas, no muy bien digeridos, de Shakespeare, las novelas casi olvidadas de Jorge Sand. Hizo la casualidad que encontrase yo, al comienzo de mi tercer curso, algunas muestras de la poesía moderna en el tomo de autores franceses que debían servirnos de texto en aquel año. Había en él trozos de Lamartine, unas cuantas obras de Hugo; *estrofas a la Malibran*, de Alfredo de Musset; algunos párrafos de Sainte-Beuve y de Leconte de Lisle. Esas páginas, unas doscientas, me bastaron para apreciar la absoluta diferencia de inspiración entre los poetas modernos y los maestros antiguos, como, aun cerrados los ojos, se aprecia perfectamente la diferencia de aroma entre un ramo de rosas y un ramo de lilas.

»Aquella diferencia, que yo adiviné por instinto, estriba toda en que hasta la Revolución los escritores no han tomado nunca la sensibilidad como materia y como regla única de sus obras. Precisamente

lo contrario sucede desde el 89. Resulta de aquí, entre la gente nueva, un no sé qué de desenfrenado, de doloroso, una aspiración a las emociones morales y físicas, que, exasperándose, ha llegado hasta lo febril y lo enfermizo, y que inmediatamente me atrajo con fuerza irresistible. La sensualidad mística de las estrofas del *Lago* y del *Crucifijo*, los esplendores prodigiosos de algunos *Orientales* me fascinaron; pero, sobre todo, me sentí seducido por lo que encontré de atrevido leyendo, con fiebre en el corazón, *Esperanza en Dios* y algunos trozos de *Consuelos*.

»Estas fugitivas complicaciones del pecado de que he hablado a usted hace poco, las presenté leyendo los trozos escogidos de mi libro de clase, y principié a sentir, por el resto de las obras de los maestros así adivinadas, una de las curiosidades tan fuertes, casi insensatas, que señalan el punto medio de la adolescencia. Está uno sobre los bordes de la vida, y la oye sin verla como el rumor de una caída de agua a través de un bosque frondoso. ¡Cuánto nos embriaga aquel ruido llenando nuestro corazón de esperanzas! Una amistad íntima con un compañero de colegio, que vivía en el piso primero de mi casa, exasperó más todavía aquella curiosidad. Dicho amigo, que debía yo perder muy joven, y que tenía por nombre Emilio, era también aficionado hasta el encarnizamiento de la lectura; pero, más feliz que yo, no sufría ninguna vigilancia. Sus padres, ya ancianos, vivían de su escasa renta y pasaban largas horas jugando, cerca de la ventana que daba a la calle de Billar, con una baraja comprada en el café y que olía a tabaco desde una legua. Emilio, por consiguiente, solo en

su cuarto, podía entregarse a sus anchas a la lectura. Como él y yo concurríamos a las mismas clases, juntos íbamos al colegio y juntos volvíamos de él, razón por la cual mi madre me permitía sin inconveniente pasar horas enteras en casa de aquel muchacho tan simpático, al cual hice muy pronto participar de mi afición a los versos que yo tanto admiraba y de mis deseos de conocer mejor a los autores.

»Tomábamos para ir al colegio las callejuelas de la ciudad antigua, y pasábamos por delante del puesto de un librero de viejo, al cual habíamos comprado algunas obras clásicas de lance. ¡Cuánto gozamos al descubrir en uno de los cajones del librero un Musset en bastante mal estado; dos tomos de poesías que, juntos los dos, costaban cuarenta sueldos! ¡Estaban tan usados, tan llenos de manchas! Empezamos por hojearlos, después nos fué imposible no poseerlos. Reuniendo nuestros ahorros de dos semanas, llegamos a comprarlos, y después, allá, en el cuartito de Emilio, él sentado en su cama, yo en una silla, leímos: *Don Páez*, *Las castañas de fuego*, *Porcia*, *Mardoquio*, *Rolla*. Temblaba yo como si cometiese algún pecado muy grave al leer aquellas poesías, cuyo espíritu se apoderaba de nosotros como se enseñorea del ánimo un buen vino: lentamente, dulcemente, apasionadamente.

»Tuve después entre mis manos, en el cuarto mismo de Emilio, y aún en el mío, empleando ardides de enamorado, muchos tomos clandestinos y que me han gustado mucho, desde *La piel de zapa*, de Balzac, hasta *Flores del mal*, de Baudelaire; y no cuento las poesías de Enrique Heine y las novelas de Stendhal.

No he probado jamás emoción comparable a la de mi primer encuentro con el genio del autor de *Rolla*. No era yo artista ni historiador. El mérito mayor o menor de estos versos, su significación de más o menos actualidad, me dejaban indiferente. ¡Oh, no! Fué para mí como la aparición de un hermano mayor, que se presentaba para revelarme a mí, ruin y pobre, y que aun no había vivido, el peligroso universo de la experiencia sentimental.

»Aquello que yo había sentido vaga y obscuramente, aquella inferioridad de la piedad con respecto a la impiedad, aparecióseme entonces desde un punto de vista extraordinariamente nuevo. Todas las virtudes que me habían predicado durante mi infancia, se empobrecieron, se empequeñecieron a mis ojos, resultando humildes, mezquinas, al lado de los esplendores, de la opulencia, del frenesí de ciertas faltas...

»La fe sencilla era aquellas devotas, las amigas de mi madre, tan desagradablemente encogidas y viejas. La impiedad era un hermoso mancebo que, en la mañana de su última noche, contempla la aurora sangrienta, y en un relámpago descubre todo el horizonte de la Historia y de las leyendas para venir en seguida a reclinar su cabeza sobre el seno de una virgen bellísima, como su sueño más hermoso, y que le ama demasiado tarde. La honestidad, el matrimonio..., eran los burgueses que yo conocía, los que asistían, jueves y domingos, a oír la música del Jardín de Plantas, andando siempre con su mismo paso regular; los que decían en el mismo tono las frases mismas. La imaginación me ponía a la vista, iluminados por los colores quiméricos de la más brillante

poesía, los rostros de los libertinos y de las adúlteras de *Cuentos de España* y de los fragmentos que les siguen. Ya era Dalti dando muerte al marido de Porcia, errante después con su querida en el agua muerta de la laguna entre las escalinatas de los antiguos palacios. Ya era Don Páez asesinando a Juana, después de haberse ligado a ella con un abrazo estrechísimo de locura producida por el filtro; Frank y su Belcolore, Hassan y su Namouna, el abate Carsio y su Susana. Carecía yo de competencia y aptitud para censurar lo falsamente novelesco de todo ese atavío, o para trazar la línea divisoria entre las partes sinceras y las porciones literarias de aquellos poemas. Los criminales abismos del alma se me aparecían entre líneas, y me tentaban y despertaban dentro de mí el espíritu, ya curioso de sensaciones nuevas, la facultad de análisis, ya muy despierta. Los otros libros, cuyos títulos he mencionado a usted poco antes, fueron en mí pretextos para tentaciones análogas, aunque no tan fuertes. Ante las llagas del corazón humano, que presentan unas y otras con tanta complacencia, me parecía yo, al cumplir quince años, a aquellos santos de la Edad Media, que se *hipnotizaban* contemplando las cinco llagas de Jesucristo.

»La fuerza de su piedad hacía que apareciesen en sus manos cicatrices milagrosas, y a mí el entusiasmo de la admiración me ha abierto en el alma, en la edad de las ignorancias virginales y de las purezas sin mancha, las cicatrices de úlceras morales por las que padecieron y derramaron su sangre todos los grandes enfermos contemporáneos.

»Sí; en aquellos años en los cuales era yo siempre

el colegial, y nada más que el colegial, el amigo de Emilio, el niño que se ocultaba de su madre para leer, me asimilé todas las emociones que las enseñanzas timoratas de mis maestros me indicaban como más criminales.

»Repletos se hallaban mis ensueños de los venenos más peligrosos para la vida, en tanto que proseguía yo, gracias a mi facultad de *duplicarme*, representando mi papel de niño muy prudentito, muy asiduo en el cumplimiento de sus deberes, muy sumiso a su madre y muy piadoso. Pero no; por muy extraña que la cosa parezca a usted, es la verdad que yo no fingía ser ese muchacho; lo era, en efecto, por una contradicción espontánea, que tal vez me ha puesto en el camino del trabajo psicológico, al cual he consagrado mis primeros esfuerzos.

»Cuando he hallado en la obra de usted sobre la voluntad aquellas indicaciones sugestivas sobre la teoría de la multiplicidad del yo, ¿cómo no había de prestarle yo mi adhesión después de haber atravesado épocas tales como las que describo a usted hoy, y en las que real y positivamente he sido yo, al mismo tiempo, varias personas distintas?

»Esta crisis de sensibilidad imaginativa había seguido atacando en mí la fe religiosa dándome la tentación del pecado sutil, y la del escepticismo doloroso. Poco faltó para que la crisis de la sensualidad que se originó en la otra reavivase la fe en mi corazón, ya muy enfermo. Dejé de ser puro a los diecisiete años, y, como de ordinario acontece, en circunstancias muy prosaicas y muy tristes. Una obrera, de muy cerca de treinta años, fresca todavía, pero vulgar, que iba

a casa de mi madre, encontrándose una tarde sola conmigo, aprovechó esta circunstancia para atraerme a sus brazos y llenarme de besos que me enloquecieron. Después me rogó que fuese a verla a su casa, y la fiebre que sus caricias había despertado en mí, unida a una palpitante curiosidad de las cosas carnales, curiosidad que las lecturas habían excitado, me hicieron acudir a la cita. Allí, en una alcoba de mala muerte, sobre una cama de tosco aspecto, perdí mi virginidad en los brazos de aquella hembra, en cuyos ojos la idea de mi inocencia física encendía un brillo tan bestial que me dió miedo. No bien se hubo realizado aquel acto material, huí de la casa con un disgusto inexplicable. Parecíame que mi boca, mis manos, mi cuerpo todo estaba manchado con mancha que ninguna agua podía lavar. Mi primer pensamiento fué el de ir a confesarme y de pedir a Dios, en quien yo aún creía, fuerzas para no reincidir en el pecado.

»Aquel disgusto me duró muchos días, y después advertí, con cierta mezcla de espanto y de voluptuosidad, que el deseo se insinuaba otra vez poco a poco; entonces fué cuando pude observar aquel rasgo de mi carácter, que ya he indicado a usted cuando le hablé de mi padre: la incapacidad mía para servirme de mi alma en la dirección y dominio de mis pasiones. En vano pretendí oponer las convicciones de mi piedad intacta todavía y las delicadezas de mi imaginación, cultivada por tantas lecturas, a la vergüenza de una segunda caída en el abismo de los sentidos; inútilmente me dije a mí mismo, que aquello era juntamente trivial e infame, que con tal proceder me ase-

mejaba a los compañeros, a quienes Emilio y yo despreciábamos tanto, a los que pasaban sus noches, ya en el café, ya en casas de mala nota; una noche, alrededor de las ocho, salí de casa pretextando que me dolía la cabeza.

»Sí, era una noche de verano. Aún respiro el olor a tierra mojada que llenaba la plaza de Jaude, regada poco antes. Enderecé mis pasos hacia el barrio de Saint Allyre, en que vivía Mariana, así se llamaba la obrera; llevaba yo conmigo el temor y el deseo de no hallarla, pero la encontré en casa, y esta vez fué la primera vez en que me abandoné realmente al delirio animal, sin perjuicio de experimentar al retirarme la misma impresión de disgusto. Desde aquel día, al lado de las dos personas que existían en mí, entre el adolescente fervoroso aún, formal, piadoso, y el adolescente romántico y fantaseador, nació y se desarrolló un tercer individuo, sensual, asediado por los deseos más brutales. Y, no obstante, la afición a la vida intelectual subsistía en mí tan fuerte, tan definitiva, que hasta en los momentos en que sufría yo aquel estado singular experimentaba cierta sensación de superioridad, cerciorándome de que esa afición subsistía y estudiándola.

»Lo que había de más extraño en esto es que yo me abandonaba a esta última disposición, ni más ni menos que a las otras, con un perfecto y lúcido conocimiento. En medio de estas perturbaciones, proseguía yo siendo adolescente, es decir, un sér todavía indefinido, sin acabar, y en quien se dibujaban apenas las líneas del alma venidera. No me afirmaba yo en mi misticismo, toda vez que en el fondo, muy

en el fondo, me avergonzaba de creer, como de una inferioridad; ni en mis fantasías sentimentales, a las que nunca tuve por otra cosa que por pasatiempos y juegos de literatura; ni en mi sensualidad, pues siempre experimentaba yo náuseas al salir de la habitación de Mariana. Por otra parte, yo no tenía ni la audacia ni la teoría de mi curiosidad con respecto a mis faltas.

»Esto sucedía en las vacaciones de verano de la clase de Retórica.

»Emilio, que había de morir de una enfermedad del pecho en el invierno próximo, estaba muy débil y no salía de su cuarto. El pobre escuchaba mis confidencias con un interés de espanto que lisonjeaba mi amor propio y me daba a mis propios ojos ciertas apariencias de hombre excepcional. Este amor propio no era parte a evitar que yo mismo tuviese miedo, parecido al que sentí la víspera de mi primera comunión, de la mirada que el cura Martel echaba sobre mí cuando nos econtrábamos. Indudable Martel había hablado a mi madre hasta donde se lo había permitido el secreto de la confesión, porque la buena señora comenzó a vigilar mis salidas; pero sin poder evitarlas por completo, y, sobre todo, sin ver en ellas otra cosa que ocasiones de tentación posible. ¡Tan perfectamente me había yo cubierto con la capa de la hipocresía! La dolencia de mi mejor amigo, la vigilancia de mi madre, el miedo a las escrutadoras miradas del sacerdote, acababan de enervarme, tanto más cuanto más exacto es que en este país de volcanes parece como si los calores del estío hiciesen brotar del suelo vapores ardientes que marean. He co-

nocido en aquellos momentos, días de verdadera locura, ¡tantas horas contradictorias se encerraban en ellos!; días en los cuales me levantada yo católico fervoroso, más fervoroso que nunca. Leía unas páginas de la *Imitación*, oraba; iba a clase con el firmísimo propósito de ser formal y prudente. Una vez de regreso, cumplía todas mis obligaciones y después bajaba para visitar a Emilio. Entregábamos entonces a cualquier lectura peligrosa. Sus padres, que le veían morir y que le mimaban, permitíanle tomar en la librería todas las obras que le agradaban, y estábamos dedicados entonces a los escritores más modernos, a los de hoy, cuyos tomos últimamente recibidos de París exhalaban olores de papel húmedo y de tinta reciente. De este modo aquel día nos procurábamos el enfermo y yo una conmoción del cerebro que me acompaña toda la tarde, y, no obstante, volvía a mi cátedra. Allí, en medio del asfixiante calor de lo más fuerte de un día de verano, mientras que las puertas abiertas al patio dejaban ver la reducida sombra de los árboles, y mientras se escuchaba a lo lejos la voz de los profesores que en otras clases explicaban o dictaban, ofrecíase a mi imaginación el recuerdo de Mariana, y comenzaba una tentación vaga y confusa al principio, y que después iba poco a poco creciendo y creciendo, y creciendo cada vez más. Resistíame yo, sabiendo de antemano que sería vencido. Ponía yo término a mis lecciones con una especie de elocuencia endemoniada, hallando talento en la excitación de mis nervios tirantes.

»Comía, seca ya la boca por el ardor de la sensualidad que en aquellos momentos me abrasaban; ba-

jaba después so pretexto de ver a Emilio y me precipitaba a la calle de Mariana. Volvía a encontrar al lado suyo las sensaciones brutales, abrasadoras y ásperas, a las que seguían repugnancias y náuseas, y al tornar a casa acontecíame muchas veces pasar muchas horas a la ventana contemplando las estrellas infinitas de una noche de estío, acordándome de mi padre muerto y de lo que él, en tiempo lejano ya, me decía acerca de aquellos mundos apartados. Apoderábase entonces de mí una extraordinaria impresión del misterio de la Naturaleza y del misterio de todas las almas, y de mi alma también, que vivía dentro de esa Naturaleza; y no sé qué me causaba más admiración, si las profundidades inmensas del espacio taciturno o los abismos que un día, empleado de aquel modo, me revelaba en mi corazón.

»Tales eran mis disposiciones interiores, querido maestro, cuando ingresé en la clase, que había de ser decisiva en mi desenvolvimiento: la Filosofía. Desde las primeras semanas del curso, comenzó mi encanto. Y, sin embargo, ¡qué curso tan pobre, cargado de nonadas y de fruslerías, es un curso de psicología oficial! No importa, inexacta e incompleta, convencional y reglamentaria, aquella psicología me apasionó. El método empleado, la reflexión personal y el análisis interno, el objeto del estudio, el yo humano considerado en sus facultades y en sus pasiones, el fin perseguido; un sistema de ideas generales bastantes a resumir en fórmulas breves multitud de fenómenos, todo, en esta acción nueva, se armonizaba perfectamente con el linaje de espíritu que la herencia, la educación y mis propias tendencias me había labrado.

»Olvidé entonces hasta mis lecturas predilectas y me engolfé en aquellos trabajos, de especie aun no bien conocida, con entusiasmo realmente frenético; frenesí al que dió mayor incremento la muerte de Emilio, mi único amigo, muerte que sobrevino en esta época, y que vino a imponer de nuevo a mi inteligencia, naturalmente inclinada a la meditación, el problema del destino del hombre, para resolver el cual, por mis creencias primeras, me consideraba yo casi impotente. Tan vivo fué mi ardor, que muy pronto no me contenté con seguir mi curso. Busqué libros y obras que pudiesen completar las enseñanzas del profesor; así fué como cierto día cayó en mis manos el libro *Psicología de Dios*. Tan profundamente me impresionó, que adquirí en seguida la *Teoría de las pasiones* y la *Anatomía de la voluntad*. Ellas me lanzaron en el terreno de las ideas puras del mismo modo que en otro tiempo las obras de Musset habían lanzado mi espíritu en el terreno de las sensaciones fantásticas. Cayó el velo. Disipáronse para mí las tinieblas del mundo exterior y del mundo interior. Yo había encontrado mi camino; usted tenía en mí un discípulo nuevo.

»Para explicar a usted de una manera clara cómo el pensamiento del maestro penetró el mío, permítame usted que pase, desde luego, al resultado de aquella lectura y de las meditaciones que la siguieron. Verá usted cómo de sus obras pude sacar una ética completa y que coordinó de un modo maravilloso los elementos dispersos que en mí flotaban. Encontré, desde luego, en la primera de las tres obras mencionadas, la *Psicología de Dios*, la defini-

tiva terminación de la angustia religiosa, en la que continuaba yo viviendo a pesar de la tentación de mis dudas.

»En verdad, no me habían faltado objeciones contra los dogmas desde que comencé a leer, al acaso, tantos libros, muchos de los cuales manifestaban la irreligiosidad más atrevida; sobre todo, habíame yo sentido muy inducido al escepticismo, como ya he dicho a usted, porque encontraba en él los dos caracteres de superioridad intelectual y de novedad de sentimientos. Había yo sufrido, entre otras influencias, la del autor de la *Vida de Jesús*. La exquisita magia de su estilo, la gracia soberana de su *diletantismo*, la poesía *languidecedora* de su piadosa impiedad habíanme conmovido profundamente. Mas por algo era yo el hijo de un geómetra; no me satisfizo lo que hay de inseguro, de incierto, de próximo a las dudas en este artista incomparable.

»El vigor matemático del incomparable libro de usted subyugó inmediatamente mi pensamiento. Usted me demostró, con irresistible naturalidad, que toda hipótesis sobre la causa primera es un *contrasentido*; que la idea misma de esa causa primera es un *absurdo*; pero que, no obstante, este absurdo y aquel contrasentido son tan necesarios a nuestro espíritu cuanto lo es a nuestros ojos la ilusión de un sol con apariencias de girar alrededor de la tierra, aunque sabemos que ese sol se halla inmóvil (1) y que la tierra está en movimiento.

(1) Es indudable que al asentar que el sol está inmóvil quiso hablar el autor de un reposo relativo; pues